

LA CELESTINA

De Fernando de Rojas.
Versión de Antonio León.

ESCENA 1

Areusa.- Calixto fue de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias. Fue preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calixto, vencido el casto propósito della (interviniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calixto, Sempronio y Pármeneo, engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron, en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde a la presencia de la deseada Melibea se presentó Calixto.

ESCENA 2

MELIBEA.- ¿Calixto?

CALIXTO.- En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.- ¿En qué?

CALIXTO.- En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase. Y hacer a mí verte en este lugar, donde mi secreto dolor manifestarte pudiese.

MELIBEA.- ¿Por gran premio tienes esto, Calixto?

CALIXTO.- Téngolo por tanto en verdad que, si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA.- Pues aún más igual galardón te daré yo, si perseveras.

CALIXTO.- ¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA.- ¡Vete!, ¡vete de ahí, torpe! Que no puede tolerar mi paciencia que el ilícito amor me comunique su deleite.

CALIXTO.- Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

ESCENA 3.

CALIXTO.- ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO.- Aquí soy, señor.

CALIXTO.- ¡Anda, anda, malvado! Abre la cámara y compón la cama.

SEMPRONIO.- Señor, hecho es.

CALIXTO.- Cierra la ventana y deja la finiebla acompañar al desdichado. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz.

SEMPRONIO.- ¿Qué cosa es?

CALIXTO.- ¡Vete de ahí! No me hables. Sempronio.

SEMPRONIO.- Señor.

CALIXTO.- ¿Que dolor puede ser tal que se iguale con mí mal? ¿Quien tiene dentro del pecho agujones, paz, guerra, todo a una causa? Sempronio.

SEMPRONIO.- Señor.

CALIXTO.- ¿Qué te parece mi mal?

SEMPRONIO.- ¿Qué mal?

CALIXTO.- Que amo a Melibea.

SEMPRONIO.- Creo señor, que sometes tu dignidad a la imperfección de una mujer.

CALIXTO.- ¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, Dios! Melibeo soy y a Melibea amo.

SEMPRONIO.- ¿Y así lo crees? ¿O burlas?

CALIXTO.- ¿Que burlo? Por Dios la creo, y no creo que haya otro soberano en el cielo.

SEMPRONIO.- ¿Pues toda tu vida habías de llorar?

CALIXTO.- Sí.

SEMPRONIO.- ¿Por qué?

CALIXTO.- Porque amo a aquella, ante quien tan indigno me hallo, que no la espero alcanzar.

SEMPRONIO.- No digas eso, que tienes más corazón que el más noble hombre. Te ha rechazado. ¿Sabes que hacen? A los que meten en sus cuartos, desprecian en la calle. Quieren que adivinen lo que ellas quieren. ¡Oh qué fastidio es tratar con ellas, sino es por aquel breve tiempo, que son

aparejadas a deleite! Señor, ponte pues en tu sitio. Que es peor dejar perder el hombre lo que merece, que tenerse por más que lo que debe.

CALIXTO.- Pues, ¿quién soy yo para eso?

SEMPRONIO.- ¿Quién? Lo primero eres hombre y de claro ingenio. Y más, a quien la naturaleza dotó de los mejores bienes que tuvo y de todos eres bien amado.

CALIXTO.- Pero no de Melibea. Y en nada me puedo comparar a ella. Mira la nobleza y hermosura, de la cual te ruego me dejes hablar un poco, porque haya algún consuelo.

SEMPRONIO.- ¡Qué locuras dirá agora este cautivo de mi amo!

CALIXTO.- Comienzo por los cabellos. ¿Ves tú las madejas del oro delgado, que hilan en Arabia? Más lindos son y no resplandecen menos. Los ojos verdes, rasgados; las pestañas luengas; las cejas delgadas y alzadas; la nariz mediana; la boca pequeña; los dientes menudos y blancos; los labios colorados y grosezuelos; el torno del rostro poco más luengo que redondo; el pecho alto; la redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? La tez lisa, lustrosa. Las manos pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas; los dedos luengos y las uñas en ellos largas y coloradas, que parecen rubíes entre perlas.

SEMPRONIO.- ¿Has dicho?

CALIXTO.- Cuan brevemente pude.

SEMPRONIO.- Señor, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo.

CALIXTO.- Dios te consuele. ¿Y cómo has pensado hacer esta piedad?

SEMPRONIO.- Ha muchos días que conozco una vieja barbuda, que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay.

CALIXTO.- ¿Podrías yo hablar?

SEMPRONIO.- Te la traeré hasta acá. Mientras yo voy sosiégate, que le he de decir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

ESCENA 4

CELESTINA.- Elicia., Elicia... ¡Sempronio! ¡Sempronio!

ELICIA.- ¡Ce!, ¡ce!, ¡ce!, que está aquí Crito.

CELESTINA.- ¡Mételo en la camarilla de las escobas! ¡Presto! Dile que viene tu primo y mi familiar.

SEMPRONIO.- ¡Madre bendita! ¡Qué deseo traigo! ¡Gracias a Dios, que me dejó verte!

CELESTINA.- ¡Hijo mío!, ¡rey mío!, turbado me has. No te puedo hablar. ¿Y tres días pudiste estar sin vernos? ¡Elicia! ¡Elicia! ¡Mira quien está aquí!

ELICIA.- ¿Quién, madre?

CELESTINA.- Sempronio.

ELICIA.- ¡Ay triste! ¡Qué saltos me da el corazón! ¡Ay! ¡Maldito seas, traidor! Postema y landre te consuma y en poder de rigurosa justicia te veas. ¡Ay, ay!

SEMPRONIO.- ¡Hy!, ¡hy!, ¡hy! ¿Qué haces, mi Elicia? ¿Qué son esos llantos?

ELICIA.- Tres días ha que no... vienes a verme.

SEMPRONIO.- ¡Calla, señora mía! ¿Tú piensas que porque no te vea no te quiero? ... ¿qué ruidos suenan arriba? **¿qué ruido es ese?**

ELICIA.- ¿Quién? Un amante. Verdad es. Sube allá y lo verás. **Pasa y lo verás.**

SEMPRONIO.- Voy.

CELESTINA.- ¡Anda acá! Deja esa loca, que turbada de tu ausencia, dirá mil locuras. Ven y hablemos.

SEMPRONIO.- Pues, ¿quién está arriba?

CELESTINA.- Una moza, que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO.- Quiero **pasar a** subir a verla ...

ELICIA.- ¡Ha don malvado! ¿Verla quieres? ¡Anda!, véela y déjame para siempre.

SEMPRONIO.- ¡Calla, Dios mío! No te enojés. Que ni la quiero ver a ella ni a mujer nacida. A mi madre quiero hablar...

SEMPRONIO.- ¡Oh madre mía! Deja todas las cosas aparte y solamente se atenta en lo que te dijere. Calixto arde en amores por Melibea. De ti y de mí tiene necesidad porque ella no le hace caso. Pues juntos nos necesita juntos nos aprovechemos.

CELESTINA.- Bien has dicho. Me alegro destas noticias, como los cirujanos de los descalabrados. Vamos. Y cuando esté con tu señor escucha y déjame hablar. Pues cree que yo no iré allá a perder el tiempo.

SEMPRONIO.- Me preocupa un nuevo criado que hay en la casa. Se llama Pármeneo y puede ponerse en nuestra contra....

CELESTINA.- Calla, déjame tú a ese Pármeneo, y de lo que hubiera démosle parte que yo te le haré uno de los nuestros. Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos.

SEMPRONIO.- Madre mía, vamos, que si allí tardase en volver impediría tu provecho y el mío.

CELESTINA.- Vamos. ¡Adiós paredes!

ESCENA 5

CALIXTO.- Pármeneo, ¿ha llegado Sempronio?

PÁRMENEO.- No señor. Aunque lo he visto desde la ventana acompañado de aquella puta vieja borracha.

CALIXTO.- Calla, calla, malvado. No sé como llamarla así te permites.

PÁRMENEO.- ¿Tu piensas que es un insulto el nombre que la llamé? No lo creas; que así se honra en oírle, como cuando dicen: gran caballero es Calixto!

CALIXTO.- Y tú ¿cómo lo sabes? ¿Conócesla?

PÁRMENEO.- Hace mucho tiempo que mi madre, mujer pobre, me dio a ella por sirviente; aunque no me conoce, por lo poco que la serví y por los cambios que la edad ha hecho.

CALIXTO.- ¿De qué la servías?

PÁRMENEO.- Señor, iba a la plaza y traíale de comer y acompañábala; Tiene esta señora una casa apartada y poco compuesta. Era labradora, perfumera, maestra de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera. ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía? Y todo era burla y mentira.

CALIXTO.- Bien está, Pármeneo. Déjalo para luego. Y no tengas envidia de Sempronio, que en esto me sirve. Que también habrá para ti recompensa si en este asunto eres fiel.

PÁRMENEO.- Quéjome señor de la duda de mi fidelidad. ¿Cuándo me viste envidiar o por ningún interés torcer tu provecho?

CALIXTO.- No te alborotes.

PÁRMENO.- Óyeme señor: ten paciencia y no te apresures: que muchos, por acertar cuanto antes, se equivocan al final. Aunque soy joven he visto muchas cosas...

ESCENA 6

SEMPRONIO.- Señor.

CALIXTO.- Sempronio. ¡Oh vejez virtuosa! ¡Oh gloriosa esperanza de mi deseado fin! Desde aquí adoro la tierra que pisas y en reverencia tuya la beso.

CELESTINA.- Sempronio, Dile que cierre la boca y comience abrir la bolsa: que si de las obras dudo, cuanto más de las palabras.

CALIXTO.- ¿Qué decía la madre? Paréceme que pensaba que le ofrecía palabras por no pagarle.

SEMPRONIO.- Así lo sentí.

CALIXTO.- Pues ven que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO.- Bien harás, que no se debe dejar crecer la sospecha en los corazones de los amigos.

CALIXTO.- Astuto hablas. Vamos y no tardemos.

CELESTINA.- Has de saber, Pármeno, que Calixto anda de amor quejoso. Y no lo juzgues por eso como flojo, que el amor impervio todas las cosas vence. ¿Lobitos en tal gesto? Anda putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites.

PÁRMENO.- Calla, madre, no me culpes ni me tengas, aunque mozo, por insípido. Amo a Calixto, porque le debo fidelidad. Véole perdido y no hay cosa peor que ir tras el deseo sin esperanza de buen fin ni remediar su hecho con vanos consejos y necias razones de aquel bruto Sempronio. No lo puedo sufrir.

CELESTINA.- ¿Pármeno, tú no ves que es simpleza llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PÁRMENO.- Sí; pero a mi amo no le quería apenado y menos con esta flaca puta vieja...

CELESTINA.- ¡Putos días vivas, bellaquillo!, y ¡cómo te atreves...!

PÁRMENO.- ¡Como que te conozco...!

CELESTINA.- ¿Quién eres tú?

PÁRMENO.- ¿Quién? Pármeno, hijo de Claudia tu vecina, que estuve en tu casa un mes, cuando te me dio mi madre.

CELESTINA.- ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¿Y tú eres Pármeno, hijo de la Claudina?

PÁRMENO.- ¡Yo!

CELESTINA.- ¡Pues fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo! ¡Por los santos de Dios! Allégate a mí, ven acá, que mil azotes te di en este mundo y otros tantos besos. ¿Acuérdate, cuando dormías a mis pies, loquito?

PÁRMENO.- Sí, en buena fe. Y algunas veces, aunque era niño, me subías a la cabecera y me apretabas contigo y, porque oías a vieja, me huía de ti.

CELESTINA.- ¡Y cómo lo dice el desvergonzado! Hijo, bien sabes cómo tu madre, que Dios haya, te me dio viviendo tu padre. El cual, como de mí te fuiste, con otra ansia no murió, sino con la incertidumbre de tu vida y persona. En pesquisa y seguimiento tuyo he gastado mucho tiempo y dinero, hasta agora que te hallé aquí, donde solo ha tres días que sé que moras. Por tanto, mi hijo, deja las vanas promesas de los señores y únete a mí, que no te faltará la ganancia.

PÁRMENO.- Celestina, todo temo en oírte. No sé qué haga. Por una parte téngote por madre; por otra a Calixto por amo. Riqueza deseo; pero no querría bienes mal ganados.

CELESTINA.- Yo sí. A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.

PÁRMENO.- Pues yo con ellos no viviría contento. Y aun mas te digo, que no los que poco tienen son pobres; mas los que mucho desean.

CELESTINA.- ¡Oh hijo!, bien dicen que la prudencia no puede ser sino en los viejos y tú eres mozo. ¿Y no sabes que has menester los amigos para conservar los bienes? Mira la voluntad de Sempronio conforme a la tuya ¡Oh si quisieses, Pármeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areusa.

PÁRMENO.- ¿De Areusa?

CELESTINA.- De Areusa.

PÁRMENO.- ¿De Areusa, hija de Eliso?

CELESTINA.- De Areusa, hija de Eliso.

PÁRMENO.- ¿Cierto?

CELESTINA.- Cierto.

PÁRMENO.- Maravillosa cosa es.

CELESTINA.- Pues si tu buena dicha quiere, aquí está quién te la dará.

PÁRMENO.- Por mi fe, madre, que no te creo.

CELESTINA.- ¿No me crees? Pues así, Pármeno, me despido de ti y deste negocio.

PÁRMENO.- Madre, no se debe ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo. Por eso, manda, que a tu mandado mi consentimiento se humilla.

CALIXTO.- Recibe la dádiva pobre de aquel, que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA.- Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artífice la obra sobrepuja a la materia, así se aventaja a tu magnífico dar la gracia y forma de tu dulce liberalidad.

PÁRMENO.- ¿Qué le dio, Sempronio?

SEMPRONIO.- Cien monedas en oro. ¿Habló contigo la madre?

PÁRMENO.- Sí.

SEMPRONIO.- ¿Pues cómo estamos?

PÁRMENO.- Como quisieres; aunque estoy espantado.

CALIXTO.- Ve agora, madre, y consueta tu casa y después ven y consueta la mía, y luego...

CELESTINA.- Quede Dios contigo.

CALIXTO.- Y él te me guarde.

ESCENA 7

CALIXTO.- Hermanos míos, cien monedas di a la madre. ¿Hice bien?

SEMPRONIO.- ¡Claro que hiciste bien! Además de arreglar tu asunto, ganaste gran respeto. ¡Oh qué glorioso es el dar! ¡Oh qué miserable el recibir!

CALIXTO.- Sempronio, no me parece bien quedar yo acompañado y que vaya sola Celestina; mejor será que vayas con ella y la des prisa con nuestro asunto.

SEMPRONIO.- Señor, querría quedarme por aliviar tu cuidado.

CALIXTO.- Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, Pármeneo quedará conmigo.

PÁRMENE.- Aquí estoy señor.

CALIXTO.- No te separes de ella ni me olvides a mí. Tú, Pármeneo, ¿qué te parece lo que ha pasado?

PÁRMENE.- Digo, señor, que irían mejor empleadas tus monedas en regalos a Melibea, que no dar dineros a aquella que te hará su cautivo.

CALIXTO.- ¿Cómo, loco, su cautivo?

PÁRMENE.- Porque a quien dices un secreto, le das tu libertad.

CALIXTO.- Loco, necio eres y sin pena hablas.

PÁRMENE.- Señor, más quiero que airado me reprendas porque te doy enojo, que arrepentido me condenes porque no te di consejo.

CALIXTO.- ¡Palos quiere este bellaco! Di, malcriado, ¿por qué dices mal de lo que yo adoro? Cuanto remedio Sempronio acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tus vanas palabras. Por difamar la vieja pones en mis amores desconfianza.

PÁRMENE.- Señor, quítese el velo de la ceguera y pasarán estos momentáneos fuegos: conocerás que mis agrias palabras son mejores que las blandas de Sempronio, que lo ceban y encienden tu llama...

CALIXTO.- ¡Calla, calla, perdido! Estoy yo pensando y tú filosofando. No espero más. Saquen un caballo. Si viniere Sempronio con aquella señora, di que esperen, que presto será mi vuelta.

PÁRMENE.- ¡Allá irás con el diablo! Por mi ánima, que si agora le diesen una lanzada en el muslo, que saliesen más sesos que de la cabeza! ¡Oh desdichado de mí! Por ser leal padezco mal. Otros se ganan por malos; yo me pierdo por bueno. ¡El mundo es tal! Quiero irme al hilo de la gente, pues a los traidores llaman discretos, a los fieles necios. Que si dijere comamos, yo también; si quisiere derrocar la casa, aprobarlo; si quemar su hacienda, iré por fuego. ¡Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá!

ESCENA 8

SEMPRONIO.- ¡Ce!, Señora Celestina: poco has tardado. A dineros pagados, brazos quebrados.

CELESTINA.- ¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO.- Este nuestro enfermo, no sabe que pedir. Teme tu negligencia.

CELESTINA.- No es cosa mas propia del que ama que la impaciencia. Estos novicios amantes no piensan el daño que su deseo puede traer para sus personas y sirvientes.

SEMPRONIO.- ¿Qué dices de sirvientes? Al primer desconcierto que vea en este negocio, no como más su pan. Si le pudiéremos remediar, mejor; y sino, poco a poco le atizaremos el menosprecio de Melibea contra él.

CELESTINA.- Bien has dicho. Contigo estoy. No podemos errar. Pero todavía, hijo, es necesario hacer algunos justificativos actos: ir... venir... Siquiera por los que lo vieren; no digan que ganamos holgando el salario.

SEMPRONIO.- Haz a tu voluntad. Y dime, madre, ¿qué comentaste con mi compañero Pármeneo, cuando fui con Calixto por el dinero?

CELESTINA.- Díjele cómo ganaría más con nuestra compañía, que con las lisonjas que dice a su amo; y acordele quien era su madre porque no menospreciase mi oficio; que queriendo de mí decir mal, tropezase primero en ella.

SEMPRONIO.- ¿Tantos días ha que le conoces, madre?

CELESTINA.- Aquí está Celestina, que le vio nacer y le ayudó a criar. Su madre y yo, uña y carne. Della aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio. En casa y fuera, como dos hermanas. ¡Oh muerte, muerte! ¡A cuantos privas de agradable compañía! Pero yo yo le contaré entre los míos.

SEMPRONIO.- ¿Cómo has pensado hacerlo?

CELESTINA.- Harele ver a Areusa.

SEMPRONIO.- ¿Y crees que podrás alcanzar algo de Melibea? ¿Cómo lo harás?

CELESTINA.- Melibea es hermosa, Calixto loco y franco. Ni a él penará gastar ni a mí andar. ¡Bulla moneda y dure el pleito lo que durare!

SEMPRONIO.- No te entiendo esos términos, madre.

CELESTINA.- Digo que la mujer o ama mucho aquel de quien es requerida o le tiene gran odio. Así que, si cuando quieren, rechazan, es que no pueden tener las riendas al desamor. Aquí tengo un poco de hilado para tener causa de entrar en su casa la primera vez.

SEMPRONIO.- Madre, mira bien lo que haces. Porque, cuando el principio se yerra, no puede seguirse buen fin. En pensallo tiemblo, no vayas por lana y vengas sin pluma.

CELESTINA.- ¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO.- O emplumada, madre, que es peor.

CELESTINA.- ¿Todavía quieres avisar a Celestina en su oficio?

ELICIA.- ¡Santiguarme quiero, Sempronio! ¿Qué novedad es esta, venir hoy acá dos veces?

CELESTINA.- Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Fuese la moza, que esperaba al ministro?

ELICIA.- Y aun después vino otra y se fue.

CELESTINA.- ¿Y se fueron sin nada?

ELICIA.- No, en buena fe, ni Dios lo quiera. Que aunque vino tarde, bien le aprovechó el rato...

CELESTINA.- Pues sube presto al alto de la solana y abre el arca de los lizos y hacia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquel ala de dragón, al que sacamos ayer las uñas.

ELICIA.- Madre, no está donde dices; jamás te acuerdas de las cosas que guardas.

CELESTINA.- No me castigues, por Dios, a mi vejez; no me maltrates, Elicia. No finjas, porque está aquí Sempronio, que más me quiere a mí por consejera, que a ti por amiga, aunque tú le ames mucho. Baja a la cámara de los ungüentos y en la pelleja del gato negro le hallarás. Y sube la sangre del cabrón y unas poquitas de las barbas.

ELICIA.- Toma, madre, veslo aquí; yo y Sempronio nos subimos.

CELESTINA.- En cuanto termine, a casa iré de Melibea. Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la Corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos, que los hirvientes étnicos montes manan, gobernador y veedor de los

tormentos y atormentadores de las pecadoras ánimas yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerza destas bermejas letras: vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad y en este hilado te envuelvas y en ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea con aparejada oportunidad que haya, lo compre y con ello de tal manera quede enredada que, cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición.

Agora, que estoy sola, quiero mirar bien. Podría ser que si me sintiesen en estos pasos de parte de Melibea, que no pagase con pena menor que la vida. Pues amargas cien monedas serían estas. ¡Ay en qué lío me he metido! Que por mostrarme solícita y esforzada pongo mi persona en la picota. Si no voy, ¿qué dirá Sempronio? Y su amo Calixto ¿qué hará?, Dirá mil inconvenientes, diciendo: Tú, puta vieja, ¿por qué acrecentaste mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí lengua. ¡Pues triste yo! ¡Mal acá, mal acullá: pena en ambas partes! Más quiero ofender al padre de Melibea, que enojar a Calixto. ¡Esfuerza, esfuerza, Celestina! ¡No desmayes ni temas! Que nunca faltan rogadores para mitigar las penas.

ESCENA 9

CELESTINA.- Señora buena, la gracia de Dios sea contigo y con tu noble familia. Mis enfermedades han impedido visitar tu casa y me ha sobrevenido mengua de dinero. No supe mejor remedio que vender un poco de hilado. Supe de tu madre que tenías dello necesidad. Y veslo aquí, si dello y de mí te quieres servir.

MELIBEA.- Mi madre urdió una tela, puede que le venga bien puesto el hilado.

CELESTINA.- Tres monedas me daban ayer por la onza.

MELIBEA. Verdaderamente que está bien tramado.

CELESTINA.- Dios te deje gozar tu noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más placeres se alcanzan. Que la vejez no es sino mesón de enfermedades, pena de lo presente, y vecina de la muerte.

MELIBEA.- ¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo ver desea?

CELESTINA.- Desean llegar allá, porque llegando viven y viviendo envejecen. Así que el niño desea ser mozo el mozo viejo y el viejo más, aunque con dolor. Todo por vivir. Pero ¿quién te podría contar señora, los daños, las enfermedades, aquel poco oír, aquel debilitado ver, aquel caer de dientes?

MELIBEA.- Espantada me tienes con lo que has hablado. Dime, madre, ¿eres tú Celestina, la que solía morar cerca del río?

CELESTINA.- Hasta que Dios quiera.

MELIBEA.- Celestina, amiga, yo he holgado mucho en verte y conocerte. Toma tu dinero y vete con Dios.

CELESTINA.- ¡Oh angélica imagen! ¡Oh perla preciosa! Gozo me toma en verte hablar. Si tú me das licencia, dírete la otra necesidad que causa mi venida.

MELIBEA.- Di, madre, todas tus necesidades que, si yo las pudiese remediar, de muy buen grado lo haré.

CELESTINA.- ¿Mías, señora? Antes ajenas; que las mías de mi puerta adentro me las paso, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo.

MELIBEA.- Pide lo que quieras, sea para quien fuere.

CELESTINA.- El alegre gesto que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo decir. Yo dejo un enfermo a la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida que le lleve, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza.

MELIBEA.- No te entiendo, si más no declaras tu demanda. Así que no ceses tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA.- El temor perdí mirando, señora, tu beldad. Que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas facciones.

MELIBEA.- Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es ese doliente, que de mal tan perplejo está afectado.

CELESTINA.- Bien tendrás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calixto.

MELIBEA.- ¡Ya, ya, ya! No digas más. ¿Ese es por quien has dado tan dañosos pasos, desvergonzada barbuda?... ¡Jesús, Jesús! ¡Quítate de delante que no me ha quedado gota de sangre en el cuerpo!

CELESTINA.- *Aparte.* ¡Piensa Celestina, piensa, que se va todo a perder!

MELIBEA.- ¿Aún hablas entre dientes delante de mí? ¿Querrías condenar mi honestidad por dar vida a un loco? Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste tanto hacer?

CELESTINA.- El temor de ti, señora, tiene ocupada mi disculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me da miedo y lo que más siento es recibir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni yo quede condenada ni Calixto culpado.

MELIBEA.- No oiga yo mentar más ese loco, si no, aquí me caeré muerta. ¡Este es el que esta mañana me vio y comenzó a desvariar, haciendose mucho el galán! Pues avísale que si pensó que ya era todo suyo y quedaba por él, que se aparte deste propósito. Y da gracias a Dios, pues tan libre vas de esta feria.

CELESTINA.- (Aparte.) ¡Más fuerte estaba Troya y aun otras más bravas he yo amansado!

MELIBEA.- ¿Qué dices, enemiga? ¿Qué palabra podías tú querer para ese tal hombre, que a mí me estuviese bien? Responde, pues dices que no has concluido.

CELESTINA.- Quería, señora, una oración que le dijeron que sabías para el dolor de las muelas. Así mismo tu cordón, que es fama que ha tocado muchas reliquias. Esta fue mi venida. Pero padézcase él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensajera.

MELIBEA.- Si eso querías, ¿por qué no me lo expresaste? ¿Por qué me lo dijiste en tan pocas palabras?

CELESTINA.- Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que no se había de sospechar mal. Y, ¡por Dios!, no me culpes. Y si el otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño, pues no tengo otra culpa, sino ser mensajera del culpado.

MELIBEA.- Mi pasada alteración me impide negarte tu disculpa. Que bien sé que ni juramento ni tormento te torcerá a decir verdad, que no está en tu mano.

CELESTINA.- Eres mi señora. Téngote de callar, hete yo de servir y obedecer.

MELIBEA.- Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdón. Que es aliviado mi corazón, viendo que es obra pía sanar los enfermos.

CELESTINA.- ¡Y tal enfermo, señora! Por Dios, si bien le conocieses, no le juzgarías como ha mostrado tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; De noble sangre, como sabes. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela, que jamás se cesa de quejar.

MELIBEA.- ¿Y qué tiempo ha?

CELESTINA.- Podrá ser, señora, de veinte y tres años.

MELIBEA.- Ni te pregunto eso ni tengo necesidad de saber su edad; sino qué tiempo ha que tiene el mal.

CELESTINA.- Señora, ocho días. Ninguna mujer le ve, que no alabe a Dios, que así le pintó. Y pues tanta razón tengo, juzgád, señora por bueno mi propósito, y vacío de sospecha.

MELIBEA.- ¡Oh cuanto me pesa la falta de mi paciencia! En pago de tu buen sufrimiento, quiero cumplir tu demanda. Y para la oración ven mañana por ella muy secretamente.

CELESTINA.- No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir. Yo voy con tu cordón tan alegre, que lo tengo de hallar a Calixto aliviado.

MELIBEA.- Si menester fuere hacer más por tu enfermo, harelo en pago de lo sufrido.

CELESTINA.- Todos lo agradecemos y quedamos obligados. Señora, acuérdate de la oración, para que la mandes escribir.

MELIBEA.- Te prepararé el encargo para ese caballero.

CELESTINA.- Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA.- Ve con Dios.

ESCENA 10

CELESTINA.- ¡Oh rigurosos trances! ¡Y qué tan cercana estuve de la muerte, si mi mucha astucia no rijera! ¡Oh amenazas de doncella brava! ¡Oh fortuna, cómo ayudas a los osados, y a los tímidos eres contraria! ¡Ay cordón, cordón! Yo te haré traer por fuerza, si vivo, a la que no quiso darme su buena habla de grado.

SEMPRONIO.- ¿Hablando entre dientes?

CELESTINA.- ¿De qué te maravillas, Sempronio?

SEMPRONIO.- Por verte como quien va a ganar beneficio. Pero dime, por Dios, qué nuevas traes.

CELESTINA.- Delante de Calixto oirás maravillas. Que, aunque hayas de haber alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO.- ¿Partecilla, Celestina? Mal me parece eso que dices.

CELESTINA.- Calla, loquillo, que parte o partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos.

SEMPRONIO.- Dicho me habías que retrasarías este negocio por doblar el provecho, y agora vas sin seso por decir a Calixto cuanto pasa.

CELESTINA.- El propósito muda el sabio; el necio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo se requiere.

SEMPRONIO.- Pues dime lo que pasó con aquella gentil doncella.

CELESTINA.- ¡Calla, loco! Ya lo veo, que querrías más estar al sabor, que al olor deste negocio. Anda presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

ESCENA 11

CALIXTO.- ¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA.- ¡Oh mi señor Calixto! Saludo al nuevo amador de la muy hermosa Melibea! ¿Con qué pagarás a la vieja? Mi vida diera por ti al menor precio, que agora daría este manto raído y viejo.

PÁRMENO.- Más adelante la espero con la saya. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás cómo no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO.- Calla, que te matará Calixto si te oye.

CALIXTO.- Madre mía, abrevia tu razón o segura es mi muerte.

CELESTINA.- Yo la vida vengo a darte pues queda abierta la puerta para mi vuelta y antes me recibirá a mí con esta saya rota, que a otro con seda y brocado.

PÁRMENO.- Sempronio, ¡encajado ha la saya!

SEMPRONIO.- ¿Callarás, por Dios, o te echaré con el diablo?

PÁRMENO.- Esta puta vieja querría medrar en un día por tres pasos, cuanto en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO.- Déjala arregle su bolsa, que después arreglará las nuestras o en mal punto nos conoció.

CALIXTO.- Dime, por Dios, señora, ¿qué hacía? ¿Qué cara te mostró?

CELESTINA.- Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lanzan las agudas flechas en el coso.

CALIXTO.- ¿Y a esas llamas señales de salud?

CELESTINA.- Para que tú descanses y tengas reposo, sabe que el fin de su razón y habla fue muy bueno.

CALIXTO.- De rodillas quiero escuchar tu suave respuesta. Dime luego la causa de tu entrada, qué fue.

CELESTINA.- Vender un poco de hilado... Llegando yo a casa de Melibea me encontré con su madre en la calle. Y, pues que tenía prisa por visitar una hermana suya enferma, quedé a solas con Melibea.

CALIXTO.- ¡Oh gozo sin par! quien estuviera allí debajo de tu manto, escuchando tan extremadas gracias!

CELESTINA.- ¿Debajo de mi manto, dices? ¡Ay mezquina! Que fueras visto por treinta agujeros que tiene.

PÁRMENO.- Sempronio... que estás desbabando oyéndole a él locuras y a ella mentiras.

SEMPRONIO.- ¡Maldiciente venenoso! ¿Por qué cierras las orejas a lo que todo el mundo las aguzan?

CALIXTO.- ¿Qué es esto, mozos? Estoy yo escuchando atento, que me va la vida, ¿y vosotros susurráis por hacerme mala obra? Por mi amor, que calléis. Di, señora, ¿qué más hiciste?

CELESTINA.- Abrí mis entrañas. Díjele cómo penabas tanto por una palabra suya, para sanar un gran dolor. Y en nombrándote, atajó mis palabras diciendo que cesase mi habla y me quitase de delante, si no quería hacer a sus servidores verdugos de mi postrimería... llamome hechicera, alcahueta y otros muchos ignominiosos nombres. Y yo a todo esto arrinconada, callando, muy gozosa con su ferocidad. Mientras más coceaba, más yo me alegraba, porque más cerca estaba el rendirse.

CALIXTO.- Eso me di, señora madre. ¿Cual fue la disculpa a tu demanda?

CELESTINA.- Dije que tu pena era mal de muelas y que la palabra, que de ella quería, era una oración, que ella sabía, muy devota, para las muelas.

CALIXTO.- ¡Oh maravillosa astucia! ¿Qué os parece, mozos? ¿Hay tal mujer nacida en el mundo? ¿Qué respondió a la demanda de la oración?

CELESTINA.- Que la daría de su grado.

CALIXTO.- ¿De su grado? ¡Oh Dios mío, qué alto don!

CELESTINA.- Pues más le pedí.

CALIXTO.- ¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA.- Un cordón, que ella trae continuo ceñido, diciendo que era provechoso para tu mal, porque había tocado muchas reliquias.

CALIXTO.- ¿Y qué dijo?

CELESTINA.- Por un manto, que tú des a la vieja, te dará en tus manos el mismo que en su cuerpo ella traía.

CALIXTO.- ¡Corre! Pármelo, llama a mi sastre y que corte luego un manto.

PÁRMENO.- ¡Así, así! A la vieja todo, porque venga cargada de mentiras y a mí que me arrastren.

CALIXTO.- ¿Qué vas, bellaco, rezando? Envidioso, ¿qué dices, que no te entiendo? No tardes que también habrá para ti sayo en aquella pieza.

PÁRMENO.- No digo, señor, otra cosa, sino que es tarde para que venga el sastre.

CALIXTO.- Pues quédese para mañana. Y tú, señora, mándame mostrar aquel santo cordón, que tales miembros fue digno de ceñir.

CELESTINA.- Tomalo, que, si yo no me muero, yo te daré a su ama.

CALIXTO.- ¡Oh nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado cordón, que tanto poder y merecimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo, que yo no soy digno de servir! Yo te veo y no lo creo. ¡Oh cordón, cordón! ¿Fuíste tú enemigo?

CELESTINA.- Cesa ya, señor, ese devanear, que a mí tienes cansada de escucharte y al cordón, roto de tratarlo.

SEMPRONIO.- Señor, por holgar con el cordón, no querrás gozar de Melibea.

CALIXTO.- Déjame gozar con este mensajero de mi gloria. Suelta la rienda a mi contemplación, déjame salir por las calles con esta joya.

SEMPRONIO.- Señor, no es solo el cordón del que pende tu remedio.

CELESTINA.- Ya sabes que lo hizo por amor de Dios, para proteger tus muelas.

CALIXTO.- ¿Y la oración?

CELESTINA.- No se me dio por agora. Yo me voy. Cumple, señor, que si salieres mañana, lleves rebozado un paño, porque si della fueres visto, no acuse de falsa mi petición. Dáme licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordón, porque tengo de el necesidad.

CALIXTO.- La fortuna adversa me sigue junta. Que contigo o con el cordón o con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche. Pero, pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. ¡Mozos!...

PÁRMENO.- Señor.

CALIXTO.- Acompaña a esta señora hasta su casa. Yo vuelvo a mi oscuridad.

CELESTINA.- Quede, señor, Dios contigo. Mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vendrán a un punto; pues hoy no hubo tiempo.

ESCENA 12

CELESTINA.- Pármeno hijo, bien pensaba yo que, después que concediste en mi buen consejo, que no habías de tornarte atrás. Y tú me pagas pareciéndote mal cuanto digo y murmurando contra mí en presencia de Calixto.

PÁRMENO.- Madre, para contigo digo que mi segundo yerro te confieso y, con perdón de lo pasado, quiero que ordenes lo por venir. Pero con Sempronio me parece que es imposible sostener mi amistad.

CELESTINA.- ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? Vosotros sois iguales. Pero que digo... A ti no se te puede dar nada, hasta que vivas más reposado.

PÁRMENO.- ¿A qué llamas reposado, tía?

CELESTINA.- Hijo, a vivir por ti, a no andar por casas ajenas. Que de lástima, que hube de verte roto, pedí hoy manto a Calixto. No por mi manto; sino porque, estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Así que, no por mi provecho, como yo sentí que dijiste; más por el tuyo. ¡Oh cuan dichosa me hallaría en que tú y Sempronio estuviéseis muy amigos, hermanos en todo, viéndoos venir a mi pobre casa a desenojaros con sendas muchachas!

PÁRMENO.- ¿Muchachas, madre mía?

CELESTINA.- Muchachas digo... Cual se la tiene Sempronio...

PÁRMENO.- Pues de aquí adelante haz de las tuyas, que yo callaré. Que ya tropecé en no creerte acerca de este negocio con él.

CELESTINA.- Cerca de este y de otros tropezarás y caerás, mientras no tomares mis consejos, que son de amiga verdadera.

ESCENA 13

CELESTINA.- Ya estamos en la casa de Areusa.

PÁRMENO.- Madre, yo ya desconfiaba de poderla alcanzar, porque cuando me la cruzaba, jamás se esperaba a poderle decir una palabra.

CELESTINA.- Retírate y atiende. ¡Areusa...!

AREUSA.- ¿Quién anda ahí? ¿Quién entra?

CELESTINA.- Una enamorada tuya, aunque vieja.

AREUSA.- Tía, ¿qué buena venida es esta tan tarde? Ya me desnudaba para acostar.

CELESTINA.- ¿Con las gallinas, hija? Así se hará la hacienda. Pero que cara muestras...

AREUSA.- Así goce de mí, que me siento mala hoy todo el día. Ha cuatro horas, que muero de la madre, que la tengo subida en los pechos, que me quiere sacar deste mundo.

CELESTINA.- Pues dame lugar, tentaré. Que aun algo sé yo de este mal por mi pecado, que cada una se tiene o ha tenido su madre y sus zozobras de ella.

AREUSA.- Más arriba la siento, sobre el estómago.

CELESTINA.- ¡Bendígate Dios y señor San Miguel! ¡Y qué fresca que estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Agora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo.

AREUSA.- Dame algún remedio para mi mal y no estés burlando de mí.

CELESTINA.- Todo olor fuerte es bueno, así como poleo, humo de romero, de incienso. Pero otra cosa hallaba yo siempre mejor que todas y ésta no te quiero decir, pues tan santa te me haces.

AREUSA.- ¿Qué, por mi vida, madre? Vesme penada ¿y encúbresme la salud?

CELESTINA.- ¡Anda, que bien me entiendes, no te hagas boba!

AREUSA.- ¡Ya!, ¡ya! ¿Pero qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer mi amigo con su capitán a la guerra. Pero dejemos eso y dime a qué fue tu buena venida.

CELESTINA.- Ya sabes lo que de Pármemo te hube dicho. Quéjase que aun verle no le quieres. No sé porqué, porque sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Aquí viene conmigo. Verás si quieres que pase.

AREUSA.- ¡Amarga de mí!

CELESTINA.- Quiérole hacer pasar. Reciba tanta gracia, que le conozcas y hables y muestres buena cara. Y si tal te pareciere, goce él de ti y tú dél.

AREUSA.- Pero, ¿cómo quieres que haga tal cosa? Si se entera mi amigo, me matará.

CELESTINA.- Si eso es lo que temes, yo lo proveí primero. Pasa, hijo Pármemo.

AREUSA.- ¡Tía! siempre hube vergüenza de él.

CELESTINA.- Aquí estoy yo que te la quitaré y hablaré por entrambos: que otro tan vergonzoso es él.

PÁRMENO.- Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREUSA.- Gentilhombre, buena sea tu venida.

CELESTINA.- Llégate acá, asno. ¿Adónde te vas allá al rincón? No seas tonto. Oídme entrambos lo que digo. Ya sabes tú, Pármemo amigo, lo que te prometí, y tú, hija mía, lo que te tengo rogado.

AREUSA.- Por mi vida, madre, que tal no se haga; ¡Jesús!, no me lo mandes.

PÁRMENO.- Madre mía que no salga yo de aquí sin buen concierto. Que me ha muerto de amores su vista. Dile que le daré cuanto tengo. ¡Ea!, díselo, que me parece que no me quiere mirar.

AREUSA.- ¿Qué te dice ese señor a la oreja?

CELESTINA.- No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad. Y asimismo que me promete ser muy amigo de Sempronio y venir en todo lo que quisiere contra su amo en un negocio, que traemos entre manos. ¿Es verdad, Pármemo? ¿Promételo así como digo?

PÁRMENO.- Sí prometo, sin duda.

CELESTINA.- Llégate acá, vergonzoso, que quiero ver para cuánto eres. Retózala...

AREUSA.- No será él tan descortés, que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA.- ¿En cortesías y licencias estás? No espero más aquí yo, fiadora de que tú amanezcas sin dolor y él sin color.

AREUSA.- Ay, señor mío, no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada, que están presentes; que no soy de aquellas que piensas; quítate allá, que no soy de las que públicamente están a vender su cuerpo por dinero. Así goce de mí, que de casa me salga, si a mi ropa tocas hasta que Celestina sea ida.

CELESTINA.- ¿Qué son estas extrañezas? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto, que nunca vi estar mi hombre con una mujer juntos... Por hacerte a ti honesta, me haces a mí necia y me amenguas en mi oficio por alzar a ti en el tuyo. Pues de corsario a corsario te digo que no se pierden sino los barriles.

AREUSA.- Madre, si erré haya perdón y él haga lo que quisiere. Que más quiero tenerte a ti contenta, que no a mí.

CELESTINA.- No tengo ya enojo; pero dígotelo para adelante. Quedaos adiós.

AREUSA.- Dios vaya contigo.

PÁRMENO.- Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA.- Anda... que yo sola voy y no he temor que me fuercen en la calle.

ESCENA 14

PÁRMENO.- ¡Oh qué tarde que es! ¡Y en qué gran falta he caído! Seguro que no seré bien recibido por mi amo...*Cuando se cerciora de que no le echan en falta.* ¿Cuál hombre es ni ha sido más bienaventurado que yo? ¿Con qué pagaré yo esto? ¿A quién daré parte de mi gloria? Bien me decía la vieja que el placer no comunicado no es placer. ¿Quién sentiría esta mi dicha, como yo la siento?

SEMPRONIO.- Pármeno hermano, si yo supiese de aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho haría por ir allá. ¿Y donde, holgazán, fuiste para no tornar? Por que en casa de Celestina no has estado.

PÁRMENO.- ¡Oh Sempronio! Por Dios, no corrompas mi placer. Contarte he maravillas de mi buena andanza pasada.

SEMPRONIO.- ¿Es algo de Melibea? ¿Hasla visto?

PÁRMENO.- ¿Qué de Melibea? Es de otra, que yo más quiero y aun tal que puedo vivir con ella en gracia y hermosura. ¿Quién se vió, como yo me vi, con tanta gloria, alcanzada con mi querida Areusa? Que no me has dado lugar a poderte decir cuánto soy tuyo y cuántos consejos buenos he recibido de Celestina en tu favor.

SEMPRONIO.- Bien me agradan tus palabras. Pero, por Dios, que me digas qué es eso, que dijiste de Areusa. ¡Parece que conozcas tú a la prima de Elicia!

PÁRMENO.- ¿Pues qué es todo el placer que traigo, sino haberla alcanzado?

SEMPRONIO.- ¡Cómo lo dice el bobo! ¿A qué llamas haberla alcanzado?

PÁRMENO.- A ponerla en duda si queda preñada o no.

SEMPRONIO.- La vieja me había dicho que te quería mucho y que te la haría haber. No hiciste sino llegar y recaudar. Buen padrino tuviste.

PÁRMENO.- Di madrina, que es más cierto. ¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO.- Allí está tendido en la cama, donde le dejaste anoche. Que ni ha dormido ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta o desvaría.

PÁRMENO.- ¿Nunca me ha llamado ni ha tenido memoria de mí?

SEMPRONIO.- No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de ti?

ESCENA 15

CALIXTO *Aparece con el trapo en la cabeza para el dolor de muelas.*

En gran peligro me veo:
En mi muerte no hay tardanza,
Pues que me pide el deseo
Lo que me niega esperanza.

PARMENO.- Pues mientras recuerda, quiero aderezar la comida para casa de Celestina.

SEMPRONIO.- ¿Qué has pensado enviar?

PARMENO.- De lo que hay en la despensa. Pan blanco... vino... un pernil de tocino. Y dos pares de pollos que le trajeron los renteros el otro día. Si los pidiere le haré creer que se los ha comido. Tú serás testigo.

CALIXTO
Corazón, bien se te emplea

Que penes y vivas triste,
Pues tan presto te venciste
Del amor de Melibea.

SEMPRONIO.- ¡Oh hideputa, el trovador! Está delirando entre sueños.

CALIXTO.- ¡Mozos!

PÁRMENO.- Señor.

CALIXTO.- ¿Es muy de noche? ¿Es hora de acostar?

PÁRMENO.- ¡Mas ya es, señor, tarde para levantar!

CALIXTO.- ¿Qué dices loco? ¿Toda la noche es pasada?

PÁRMENO.- Y aun harta parte del día.

CALIXTO.- Di, Sempronio, ¿miente este desvariado, que me hace creer que es de día?

SEMPRONIO.- Olvida, señor, un poco a Melibea y verás la claridad.

CALIXTO.- Agora lo creo, que tañen a misa. Daca mis ropas, iré a la Magdalena. Rogaré a Dios aderece y a Celestina ponga en el corazón de Melibea mi remedio o dé fin en breve a mis tristes días. Quedaos con Dios, hijos.

ESCENA 16

CELESTINA.- ¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! ¡Muchachas!, ¡muchachas!, ¡bobas! Andad acá presto, que están aquí dos hombres, que me quieren forzar.

ELICIA.- ¡Nunca acá vinieran! Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme.

SEMPRONIO.- Calla, mi señora. Que quien a otro sirve, no es libre. No tengamos enojo, asentémonos mientras se termina de hacer la comida.

ELICIA.- ¡Así! ¡Para asentar a comer, muy diligente!

SEMPRONIO.- Después reñiremos; bebamos agora. Asíentate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA.- Asentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar hay para todos... Pondré entre mí este jarro, pues de noche en invierno no hay tal calentador de cama. Que con dos jarrillos de estos que beba cuando me quiero

acostar, no siento frío en toda la noche. Esto quita la tristeza del corazón, más que el oro ni el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia. Más propiedades os diría de ello, que cabellos tenéis todos. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro y lo malo hace daño.

SEMPRONIO.- Tía, señora, a todos nos sabe bien. Hablemos ahora, porque después no habrá tiempo para entender los amores deste perdido de nuestro amo y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA.- ¡Apártateme allá, desabrido, enojoso! ¿Gentil es Melibea? Aquella hermosura por una moneda se compra en la tienda. Que si algo tiene de hermosura, es por buenos atavíos, que trae. Ponedlos a un palo y también diréis que es gentil. Por mi vida que mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA.- Pues no la has visto como yo, hermana mía. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades. Por una vez que haya de salir, embadurna su cara. Unas tetas tiene, para ser doncella, como si tres veces hubiese parido. El vientre no se le he visto; pero creo que le tiene tan flojo como de vieja. No sé qué ve Calixto, porque deja de amar otras, que más ligeramente podría tener y con quien más él holgase.

SEMPRONIO.- Hermana, paréceme aquí que cada buhonero alaba su mercancía, que lo contrario de eso se suena por la ciudad.

AREUSA.- Ninguna cosa está más lejos de verdad que la vulgar opinión. Que cualquier cosa, que el vulgo piensa, es vanidad y lo que habla, falsedad. Y pues este es su más cierto uso y costumbre, no juzgues la hermosura de Melibea por lo que el vulgo habla.

SEMPRONIO.- Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores y si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta y por todos sabida.

CELESTINA.- Hijos, por mi vida que cesen esas razones. Y tú, Elicia, que te tornes a la mesa y dejes esos enojos.

ELICIA.- ¿Había yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil el andrajo de Melibea, que yo?

SEMPRONIO.- Toda comparación es odiosa: tú tienes la culpa y no yo.

AREUSA.- Ven, hermana. No hagas agora, ese placer a estos locos porfiados; si no, levantarme he yo de la mesa.

SEMPRONIO.- ¡He!, ¡he!, ¡he!

ELICIA.- ¿De qué te ríes? ¡De mal cáncer sea comida esa boca, desgraciado!

CELESTINA.- No le respondas, hijo; si no, nunca acabaremos. Decidme, ¿cómo quedó Calixto? ¿Como lo dejasteis?

PÁRMENO.- Allá fue, desesperado, medio loco, a misa a la Magdalena, a rogar a Dios que te dé gracia. Tu saya y manto y aún mi sayo, cierto está. El cuándo lo dará no lo sé.

CELESTINA.- Sea cuando fuere. No les duele a los enamorados lo que gastan, que ni comen ni beben, ni ríen ni lloran, ni duermen ni velan. Mucha fuerza tiene el amor. Gozad vuestras frescas mocedades, besaos y abrazaos, que a mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Bendígaos Dios, ¡cómo holgáis, putillos, loquillos, traviesos! ¡En esto había de parar el nublado de las cuestiones que habéis tenido! ¡Mirad no derribéis la mesa! *Llaman a la puerta.*

CELESTINA.- Mira, hija, quién es.

ELICIA.- Señora, es una criada de aquella Melibea: viene a pedirte el ceñidero y, demás desto, te ruega su señora que sea de ti visitada y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y de dolor del corazón.

SEMPRONIO.- Madre, álcese la mesa que en la cocina comeremos. Irnos hemos a holgar y tú darás respuesta a esa señora.

CELESTINA.- No os descuidéis mucho, que en casa de Calixto nos encontraremos. Hasta más ver.

ESCENA 17

MELIBEA.- ¡Oh lastimada de mí! ¡Oh mal proveída doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder la petición y demanda a Celestina que no venir por fuerza a descubrir mi llaga? ¡Cuanta más ventaja tuviera mi prometimiento rogado, que mi ofrecimiento forzoso! Que ni Calixto viviera quejoso ni yo penada. ¡Oh vieja sabia y honrada, tú seas bienvenida!

CELESTINA.- ¿Qué es, señora, tu mal, que así muestra las señas de tu tormento en las colores de tu gesto?

MELIBEA.- Madre mía, que comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA.- *Aparte.* Bien está. Así lo quería yo.

MELIBEA.- ¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa, donde mi mal proceda?

CELESTINA.- No me has, señora, declarado la calidad del mal.

MELIBEA.- Paréceme que veo mi corazón entre tus manos hecho pedazos. Pues, por amor de Dios, ruego que me des algún remedio.

CELESTINA.- Para yo dar una saludable medicina, es necesario saber de ti tres cosas. La primera, a qué parte de tu cuerpo más aqueja el sentimiento. Otra, si es nuevamente por ti sentido. Y la tercera, si procede de algún cruel pensamiento, que se asentó en aquel lugar. Y en cuanto todo esto sepa, verás obrar mi cura. Al médico y al confesor se ha de hablar toda verdad abiertamente.

MELIBEA.- Amiga Celestina. Mi mal es de corazón. Lo segundo, es algo nuevamente nacido en mi cuerpo. La causa o pensamiento de mi mal, ésta no sabré decir, salvo la alteración, que tú me causaste de parte de aquel caballero Calixto, cuando me pediste la oración.

CELESTINA.- ¿Tan mal nombre es el suyo, que en solo ser nombrado trae consigo ponzoña? Si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA.- Di, di, tal que no dañes mi honra con tus palabras.

CELESTINA.- Véo, señora, por una parte quejarte del dolor, por otra temer la medicina. Así que será causa, que ni tu dolor cese ni mi venida aproveche.

MELIBEA.- Cuanto más dilatas la cura, más me acrecientas y multiplicas la pena.

CELESTINA.- Señora, si tú quieres estar sana tranquilízate, escucha y ten paciencia. Así verás obrar a la antigua maestra de estas llagas.

MELIBEA.- ¡Oh como me muero con tu dilatar! Di, por Dios, lo que quisieres, haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero, que se iguale con mi tormento.

CELESTINA.- Todavía es necesario traer más clara medicina de casa de aquel caballero Calixto.

MELIBEA.- Calla, por Dios, madre. No traigan de su casa cosa para mi provecho ni le nombres aquí.

CELESTINA.- Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal. Pocas veces lo molesto sin molestia se cura. No consientas a tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calixto...

MELIBEA.- ¿No te tengo dicho que no me alabes ese hombre ni le nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA.- Señora, este es el segundo punto: si tú con tu mal sufrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida. Y si lo sufres, tú quedarás sana y Calixto pagado.

MELIBEA.- ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo a él? Más agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA.- Sin romperte las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor.

MELIBEA.- ¿Cómo dices que llaman a este mi dolor?

CELESTINA.- Amor dulce. Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una blanda muerte. Sé yo que existe una flor al mundo nacida, que de todo esto te dejará libre.

MELIBEA.- ¿Cómo se llama?

CELESTINA.- No te lo oso decir.

MELIBEA.- Di, no temas.

CELESTINA.- ¡Calixto! ¡Oh por Dios, señora Melibea! Ángel mío, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre los ojos.

MELIBEA.- Paso, paso, no escandalices la casa.

CELESTINA.- ¡Oh cuitada de mí! Señora, háblame como sueles.

MELIBEA.- Calla, no me fatigues.

CELESTINA.- ¿Pues qué me mandas que haga, perla graciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento?

MELIBEA.- Lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por encubrírtelo. Mucho te debe ese señor y más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerzo. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir. ¡Oh mi Calixto! Si tu corazón siente lo que ahora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente vivir. ¡Oh mi madre y mi señora!, haz de manera cómo luego le pueda ver.

CELESTINA.- Ver y hablar.

MELIBEA.- ¿Hablar? Dime cómo.

CELESTINA.- Por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.- ¿Cuándo?

CELESTINA.- Esta noche.

MELIBEA.- Di a qué hora.

CELESTINA.- A las doce.

MELIBEA.- Pues ve, mi señora y habla con aquel señor y que venga con mucho cuidado.

ESCENA 18

SEMPRONIO.- Señor, mira que tu estado es dar a todo el mundo que decir. Si pasión tienes, súpuela en casa.

CALIXTO.- ¡Oh joya del mundo! El corazón se me alegra en ver esa honrada presencia, esa noble senectud. Dime, ¿qué nuevas traes?

CELESTINA.- Déjame que me siente y recobre el resuello, y te contaré algo con que te alegres de verdad.

PÁRMENO.- Buena viene la vieja, hermano: debe haber recaudado.

CELESTINA.- Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio. Muchos tengo quejosos por tenerte a ti contento. Más he dejado de ganar que piensas. Pero todo vaya en buena hora que te traigo muchas buenas palabras de Melibea y la dejo a tu servicio.

CALIXTO.- ¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA.- Que es más tuya, que de sí misma.

CALIXTO.- Madre, no digas tal cosa. Melibea es mi Dios, Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su siervo.

SEMPRONIO.- A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿Estás suspenso? Dale algo por su trabajo, que eso esperan esas palabras.

CALIXTO.- Bien has dicho. En lugar de manto y saya toma esta cadenilla, ponla al cuello y procede en tu razón y mi alegría.

PÁRMENO.- ¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio?

SEMPRONIO.- Oírte ha nuestro amo.

CELESTINA.- Melibea pena por ti más que tú por ella, Melibea te ama y desea ver, Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya.

CALIXTO.- ¿Mozos, oigo yo esto? Si de mí burlas, señora, por pagarme en palabras, no temas, di verdad.

CELESTINA.- Si burlo o si no, verlo has yendo esta noche, a su casa en dando el reloj las doce, a hablarla por entre las puertas.

CALIXTO.- ¿Qué me dices señora? ¿Que vendrá de su grado?

CELESTINA.- Y aun de rodillas.

SEMPRONIO.- Me parece que nos quiere tomar por tontos a todos.

PÁRMENO.- Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora y venir tan pronto en todo su querer de Celestina.

CALIXTO.- ¡Callad, locos, bellacos, sospechosos!

CELESTINA.- Señor, tú estás en lo cierto y vosotros cargados de sospechas vanas. Pártome muy contenta. Si fuere menester para esto o para más, en casa estoy muy aparejada a tu servicio.

CALIXTO.- Dios vaya contigo, madre. Yo quiero reposar un rato para satisfacer a las pasadas noches y cumplir con la por venir.

PÁRMENO.- ¡Hi!, ¡hi!, ¡hi!

SEMPRONIO.- ¿De qué te ríes, por tu vida, Pármeno?

PÁRMENO.- De la prisa, que la vieja tiene por irse. No ve la hora de haber despegado la cadena de casa.

SEMPRONIO.- ¿Qué quieres que haga una puta alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros nos llamamos? ¿Qué va a hacer, sino ponerse a salvo con la posesión, con temor no se la tornen a tomar? ¡Pues guárdese del diablo, que sobre el repartir no le saquemos el alma!

ESCENA 19

CALIXTO.- Mira, Sempronio, si aparece alguno por la calle.

SEMPRONIO.- Señor, ninguna gente.

CALIXTO.- Mira tú, Pármeno, a ver si es venida aquella señora por entre los balcones.

PÁRMENO.- ¿Yo, señor? Mejor será que tu presencia sea su primer encuentro.

CALIXTO.- ¡Bien has dicho! Ayudadme, yo me llevo allá; quedaos vosotros en ese lugar.

PÁRMENO.- ¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de nuestro amo pensaba tomarme por escudo para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas?

SEMPRONIO.- Paso, paso, Pármeno. No hagas bullicio, que darás causa que seas sentido. Salido debe haber Melibea.

PÁRMENO.- ¡Oh cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su voz!

SEMPRONIO.- Dios nos libre de traidores que de otra cosa no tengo temor.

CALIXTO.- ¡Ce, señora mía!

MELIBEA.- ¿Quién habla?

CALIXTO.- Aquel que viene a cumplir tu mandado.

MELIBEA.- ¿Cómo es tu nombre?

CALIXTO.- Soy tu siervo Calixto.

MELIBEA.- Señor, desvía estos vanos y locos pensamientos. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes. A esto fue aquí mi venida.

CALIXTO.- ¡Oh malaventurado Calixto! ¡Oh engañosa mujer Celestina! ¿A qué me mandaste aquí venir, para que me fuese mostrado el odio, por esta que tiene las llaves de mi perdición y gloria? ¿Y tú no me dijiste que esta mi señora me era favorable? ¿En quién hallaré yo fe? ¿Adónde hay verdad? ¿Dónde no se fabrican traiciones? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

MELIBEA.- Cesen, señor mío, tus querellas: que ni mi corazón basta para sufrirlo ni mis ojos para disimular lo. ¡Oh mi señor y mi bien! Todo lo que Celestina te dijo confirmo, todo lo he por bueno. Y aunque muchos días he pugnado por disimular mi amor, no he podido. Te suplico ordenes y dispongas de mi persona según quieras.

CALIXTO.- Pues, por Dios, señora mía, permite que lleve donde no puedan...

MELIBEA.- ¿Quieres, amor mío, perderme a mí y dañar mi familia? Conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto. Allí podemos vernos seguros.

SEMPRONIO.- ¡Enhoramala acá esta noche venimos! Aquí nos ha de amanecer que, aunque más la dicha nos ayude, nos han de sentir de su casa o los vecinos.

PÁRMENO.- Ya un buen rato que te requiero que nos vamos, que no faltará un achaque.

SEMPRONIO.- ¡Escucha, escucha! ¿Oyes, Pármeno? ¡A malas andan! ¡Muertos somos! Sal presto, echa hacia casa de Celestina, no nos atajen por nuestra casa.

PÁRMENO.- ¡Oh pecador de mí!, si nos han de alcanzar, muertos somos.

SEMPRONIO.- ¡Ce!, ¡ce! ¡Pármeno! Torna, torna callando, que no es sino la gente del alguacil, que pasaba a caballo por la otra calle.

MELIBEA.- Señor Calixto, ¿qué es eso que en la calle suena? Por Dios, que estás a peligro.

CALIXTO.- Señora, no temas, que a buen seguro vengo. Los míos deben de ser, que son unos locos y desarman a cuantos pasan.

MELIBEA.- ¿Son muchos los que traes?

CALIXTO.- No, sino dos; pero, aunque sean seis sus contrarios, ninguno les hará huir. Y si no fuese por lo que a tu honra toca, pedazos harían estas puertas.

PÁRMENO.- ¡Ce!, ¡ce!, señor, quítate presto, que viene mucha gente y serás visto y conocido, que no hay donde te metas.

CALIXTO.- ¡Oh, y como es forzado, señora, partirme de ti! Mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA.- Así sea y vaya Dios contigo.

SEMPRONIO.- Debes, señor, reposar y dormir esto que queda de aquí al día.

CALIXTO.- Pláceme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Pármeno, de la vieja, que tú me desalababas? ¿Qué fuera hecha sin ella? Y vosotros, ¿Qué hacíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO.- ¿Temor, señor, de qué? Todo el mundo no nos le hiciera tener. Allí estuvimos esperándote muy aparejados y nuestras armas muy a mano.

CALIXTO.- En mucho cargo os soy. Id con Dios a reposar que yo haré lo mismo. *Sale Calixto.*

PÁRMENO.- ¿Adonde iremos, Sempronio? ¿A la cama a dormir o a la cocina a almorzar?

SEMPRONIO.- Ve tú donde quisieres; que, antes que venga el día, quiero yo ir a cobrar mi parte de la cadena.

PÁRMENO.- Bien dices. Y si no quiere pagar espantémosla de manera que le pese. Que sobre dinero no hay amistad.

ESCENA 20

SEMPRONIO.- Señora Celestina, sal acá afuera.

CELESTINA.- ¿Quién llama?

SEMPRONIO.- Sal, que somos tus hijos.

CELESTINA.- No tengo yo hijos que anden a tal hora.

SEMPRONIO.- Somos Pármemo y Sempronio, que venimos almorzar contigo.

CELESTINA.- ¡Oh locos traviesos! ¿Cómo venís a tal hora, que ya amanece? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué os ha pasado? ¿Despidiose la esperanza de Calixto o vive todavía con ella? ¿Y cómo queda?

SEMPRONIO.- ¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre.

CELESTINA.- ¡Jesús! ¿Que en tanta afrenta os habéis visto?

SEMPRONIO.- Mira, que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarle a pensar.

CELESTINA.- Reposas, por Dios, y dímelo.

PÁRMENO.- Cosa larga le pides, según venimos alterados y cansados del enojo que habemos tenido. Mi gloria sería agora hallar en quien vengar mi ira, que no pude en los que nos la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA.- ¡Landre me mate, si no me espanto en verte tan fiero! Creo que burlas. Dímelo agora, Sempronio, ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO.- Tengo, señora, todas las armas despedazadas; que no tengo con que salir al paso con mi amo, cuando menester me haya. Que quedó concertado de ir esta noche que viene a verse por el huerto. ¿Pues he de comprarlo de nuevo?

CELESTINA.- Pídelo, hijo, a tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró.

SEMPRONIO.- Trae también Pármeneo perdidas las tuyas. A este cuento en armas se le irá su hacienda. Dionos las cien monedas, dionos después la cadena. Caro le costaría este negocio. Contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razón.

CELESTINA.- ¡Gracioso es el asno! ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que ver tu galardón con mi salario? Si algo vuestro amo a mí me dio, debéis mirar que es mío; que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Y si no os contentares, en vuestro daño haréis.

SEMPRONIO.- ¡Quién la oyó decir a esta vieja que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio, pensando que sería poco! Agora, que lo ve crecido, no quiere dar nada.

PÁRMENEO.- Déte lo que prometió o tomémoselo todo. Harto te decía yo quién era esta vieja, y tú no me creías.

CELESTINA.- Si mucho enojo traéis con vosotros o con vuestro amo, no lo quebréis en mí.

SEMPRONIO.- No entremetas burlas a nuestra demanda. Danos las dos partes de cuanto de Calixto has recibido, no quieras que se descubra quién tú eres.

CELESTINA.- ¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitáste de la putería? Vivo de mi oficio, como cada cual del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón. Dejarme en mi casa con mi fortuna. Y tú, Pármeneo, no pienses que soy tu cautiva por saber mi pasada vida y los casos que nos acaecieron a mí y a la desdichada de tu madre.

PÁRMENEO.- No me hinches las narices con esas memorias; si no, te enviaré con nuevas para ella.

CELESTINA.- ¡Elicia! ¡Elicia! Levántate de esa cama, trae mi manto presto, que por los santos de Dios para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? Como nos veis mujeres, habláis y pedís demasías.

SEMPRONIO.- ¡Oh vieja avarienta!, ¿no estarás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA.- ¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa tú. Y esotro no dé voces, no allegue la vecindad. No me hagáis salir de seso.

PÁRMENEO.- Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste o cumplirán hoy tus días.

ELICIA.- *Con el manto de Celestina.* Tente, por Dios Pármemo. Tenle, Sempronio, tenle, no la mate ese desvariado.

CELESTINA.- ¡Justicia!, ¡justicia!, ¡señores vecinos! ¡Justicia!, ¡que me matan en mi casa estos rufianes!

PÁRMEMO.- ¿Rufianes o qué?... yo te haré ir al infierno.

SEMPRONIO.- Acaba, pues comenzaste. Rápido, ¡que nos sentirán! De los enemigos los menos.

ELICIA.- ¡Oh crueles enemigos! ¡En mal poder os veáis! ¡Y para quién tuvisteis manos! Muerta es mi madre y mi bien todo.

SEMPRONIO.- ¡Huye!, ¡huye! Pármemo, que carga mucha gente. ¡Vamos!, ¡Vamos!, que viene el alguacil.

PÁRMEMO.- ¡Oh pecador de mí!, que no hay por dónde salgamos, que está tomada la calle.

SEMPRONIO.- Saltemos destas ventanas. No muramos en poder de justicia.

PÁRMEMO.- Salta, que tras ti voy.

ESCENA 21

AREUSA. Celestina murió a manos de los criados. Los gritos de ella alertaron a los vecinos que hicieron venir a la justicia. Pármemo y Sempronio, intentando huir, cayeron por el balcón; casi muertos los prendieron y allí fueron degollados. Elicia y yo juramos vengarnos. Con mi intervención y el descuido de los criados de Calixto, una noche que se habían citado los amantes en secreto, hice pasar a mi gente por la calle donde aguardaban los sirvientes. Montando grande escándalo y alarmando a Calixto, que no quería se descubriese su encuentro amoroso por proteger a su amada Melibea, se despeñó por la tapia, perdiendo la vida al instante. Melibea, loca de amor, subió a la torre más alta de la casa y allegando poderosas razones delante de su padre, se arrojó al vacío para encontrar la muerte junto a su amado. Estas son las consecuencias del amor loco, imprevisible, desordenado, ciego... impervio. ¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? ¡Jesús, Jesús!, no lo puedo creer. ¿Qué es esto? ¿Todavía cubierta de dolor? ¿Todavía con el manto de tristeza?

ELICIA.- ¡Qué gran dolor, que pérdida! Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro; más negro traigo el corazón que el manto, las entrañas, las tocas. ¡Ay hermana, hermana, que no puedo hablar! No puedo sacar la voz del pecho.

AREUSA.- ¡Ay triste! Ya es pasado el tiempo y nuestras muertes vengadas.

ELICIA.- ¡Ay prima mía! Sempronio y Pármeno ya no viven, ya no son en el mundo. Sus ánimas ya están purgando su yerro. Ya son libres de esta triste vida. Ay Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, aquella que me regalaba, aquella que me encubría, aquella con quien yo me honraba entre mis iguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas vi que la dieron delante de mis ojos: en mi regazo me la mataron. ¡No hallo quien lo sienta como yo! No hay quien pierda lo que yo pierdo. No sé que hacer, que perdí madre, manto y abrigo; perdí amiga. ¡Oh Celestina sabia, honrada y autorizada, cuántas faltas me encubrías con tu buen saber! Tú trabajabas, yo holgaba; tú rota, yo vestida; tú entrabas continuo como abeja por casa, yo destruía, que otra cosa no sabía hacer. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseído eres menospreciado y jamás te consientes conocer hasta que te perdemos! Solo me pude quedar su manto, pues después de matar a los nuestros, la gente arrasó la casa y todas aquellas cosa que ella usaba.

AREUSA.- Calla, por Dios, hermana, pon silencio a tus quejas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida. Que cuando una puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna y este mal, aunque duro, se soldará. Alma mía, no recibas pena. Con nuevo amor olvidarás los viejos. Más lástima tengo de tu fatiga, que de lo que te la pone. Y de otros nos vengue Dios, que de Calixto y Melibea ya nos vengamos.

Pasa a mi casa tu ropa y vente a mi compañía, que estás muy sola y la tristeza es amiga de la soledad. Ya viste como todos me obedecieron y yo sé, aunque soy moza, cómo pasa este negocio. *Se pone el manto de Celestina que traía Elicia.* De un pan, que yo tenga, tendrás tú la mitad. Que aquí, hermana, soy conocida y aquí nos estableceremos. Jamás perderemos el nombre de Celestina, que Dios haya.